

2020: remolinos de memoria¹

Alejandra Costamagna²

Algo pasó, un frío en la mañana, una sandía ya arenosa, la necesidad del chalequito de noche, algo hizo que la silueta de marzo asomara con fuerza antipática los últimos días de febrero. La desazón que nos provocaba el fin del verano era apenas una molestia. No sabíamos las garras que escondía marzo.

Donde dice “encierro” debe decir “entierro”.

El ronquido de la gata reemplaza al rumor que llegaba los sábados desde el bar de la esquina. “Parece que hasta los pájaros se hubieran ido”, dice J por teléfono. Desde su ventana podía ver, cada tarde, a los manifestantes que se agolpaban en Plaza de la Dignidad. Y de repente ya no están. Si afináramos el oído podríamos escuchar el deshoje de los árboles.

¹ Colaboración: Autores chilenos en el contexto de pandemia.

² Ha publicado las novelas *En voz baja*, *Ciudadano en retiro*, *Cansado ya del sol*, *Dile que no estoy*, *El sistema del tacto*, el cuento largo “Naturalezas muertas”, los libros de cuentos *Malas noches*, *Últimos fuegos*, *Animales domésticos*, *Había una vez un pájaro* e *Imposible salir de la Tierra* y el libro de crónicas y ensayos *Cruce de peatones*.

Enchufo los audífonos en el computador para oír, gota a gota, el ruido de mi cabeza

Dice Alfredo Jaar: “Mi cerebro no logra entender lo que mis ojos ven”.

Dice Isabel Bhencke: “Esta pandemia ha resaltado el orden y las interrelaciones que rigen nuestro mundo. Las economías, las sociedades, la salud de los seres humanos, existen en interdependencia ecológica. El cambio climático es solo una de las consecuencias de la destrucción de la naturaleza. Otra consecuencia es la zoonosis, que es cuando un virus salta de un animal no humano a un animal humano. Entonces, el coronavirus y el cambio climático son dos expresiones distintas de un mismo problema de fondo. Por eso lo esencial es cómo generar un cambio de paradigma para detener la destrucción de la naturaleza. Ojalá la pandemia nos dé una mirada más capaz de lidiar con la complejidad del mundo”.

Salgo a caminar con guantes y mascarilla. Permiso: compras de insumos básicos. No compro nada. El insumo básico es caminar, mirar. Dice Rebeca Solnit que caminar es el estado en el que la mente, el cuerpo y el mundo están alineados. Me maravillan las hojas de los liquidámbares, las buganvillas que se esmeran en trepar, una flor suelta en la vereda, batallando por sobrevivir: ese acto de porfía de la naturaleza, que sigue un curso paralelo. Todo me parece brillante y como recién hecho: los surcos de la montaña allá al fondo, la luz del invierno colándose entre las nubes, el cemento de un gris tormenta. Arre, hermosa vida, diría Hebe Uhart.

El ruido del taladro me recuerda que hay vida allá afuera, allá en el piso de abajo al menos.

Dice Valentina Buló: “Hay filosofía a la que yo me he aferrado por sobrevivencia en esta época, como la de Epicuro, que dice que podemos encontrar infinitos placeres en lo mínimo. Que aunque puedes estar encerrado en un lugar de pocos metros, aun así puedes lograr encontrar matices de placer en cosas muy pequeñas”.

Es una invasión silenciosa: motas de polvo y pelos que se reproducen de un día para otro y se instalan debajo de la escalera, detrás de las puertas, en las esquinas, en la mitad del pasillo, como los miembros de una tropa inútil.

Dice el ministro de Salud que los muertos se cuentan como recuperados. Dice el Presidente que no hay mejor policía que el alumbrado público. Dice la ministra Secretaria General de Gobierno que no hay mejor vacuna que el amor.

En la mañana cambio la mesa de lugar para acercarla a la luz del balcón. Voy corriéndola hora a hora, con el movimiento del sol. Entran por la ventana los rayitos tímidos del

invierno, el vuelo de los tiuques, el rumor de una calle que de a poco va quebrando el silencio. En la noche volvemos a cacerolear en los balcones. Casi tan fuerte como ese antiguo octubre que asoma otra vez en el horizonte. El latido de un corazón metálico. Un corazón a punto de estallar. La sensación de que hemos vuelto a despertar de la anestesia que nos paralizó en marzo.

Donde dice “hambre” debe decir “hambre”.

J dice que hoy empieza agosto, el mes de los zorros locos. Recuerda que en Ovalle, donde nació, en agosto aullaban los lobos y ella moría de terror. Le pido que imite el sonido de un zorro: “¡Guac, guac!”, ¿aúlla? al otro lado del teléfono.

El metal gastado de la voz de Salvador Allende sigue entrando por la ventana de este viernes 11 de septiembre en que los helicópteros sobrevuelan la ciudad y nuevamente tendremos toque de queda.

J dice que en pedacitos una no le sirve a nadie.

Salgo sin permiso. Paso delante de la casa de Yolanda Sultana. Me acuerdo de ella en plaza Ñuñoa durante la revuelta que ya va a cumplir un año. Pienso si estará viva, si estará sana, si estará adivinando el futuro. Veo una luz adentro de la casa. Me asomo. Veo a cuatro mujeres reunidas alrededor de una mesa. Una de ellas levanta el brazo y me hace “chao” con la mano. Me sonrío. La miro bien. Es Yolanda Sultana. La saludo de vuelta con un entusiasmo infantil. Me dan ganas de entrar y sentarme con ellas a ver el futuro. Cuando llego a la casa la googleo, porque aún me parece milagroso el encuentro. Se me ocurre que puede haber sido un fantasma, una aparición. Que a lo mejor saludé a una sombra. Me encuentro con una noticia de hace poco más de un mes: “Yolanda Sultana perdió al amor de su vida: su pareja por 35 años falleció por posible coronavirus”.

Escucho en la radio que un carabinero lanzó a un manifestante de 16 años al Mapocho desde el puente Pío Nono. La imagen de los cuerpos flotando en el río durante la dictadura despierta otra vez. El video que circulaba en los 80 con el llanto de una mujer frente a los cadáveres en la orilla. Su lamento: “Más de 60 años tengo, pero nunca vi cosa igual. ¡Tanto huacho que está quedando, tanto hijo sin padre!”.

Donde dice “democracia” debe decir “demos gracias”.

Otra vez es 18 de octubre y volvemos masivamente a las calles, a retomar lo iniciado. Recuerdo haber pensado, mientras miraba las banderas por el “Apruebo” flameando desde los balcones de los edificios cercanos a Plaza de la Dignidad, que el silencio

engañoso del confinamiento ocultaba un rumor afinado en el balbuceo de la incertidumbre. Que éramos las mismas personas, sólo que ahora usábamos mascarillas y veníamos pálidas de encierro y aún seguíamos con toque de queda. Y queríamos abrazarnos, pero nos saludábamos con las cejas o con el codo o con la pura sonrisa que imaginábamos debajo de la mascarilla. Quizás estábamos un poco aturdidas, más precarizadas aún, dolidas por estos días extraños. Había en la calle una emoción nueva que, de a poco, iba surcando su territorio. Teníamos derecho, eso sentíamos, a convertir la rabia y la pena en remolinos de memoria. Teníamos la urgencia de imaginar un país distinto.